

En cuanto a la discapacidad entendida como el fenómeno por el que un 10% de la población tiene unas capacidades físicas o cognitivas inferiores a lo que se considera la media, no puede ignorarse que es una realidad que condiciona la vida de los que la presentan. Sin embargo, la sociedad menosprecia las necesidades de estas personas, ignorando los valores que la sostienen como conjunto: igualdad y empatía.

El artículo de Nuria del Saz señala esta realidad, utilizando como punto de partida de su reflexión una serie de casos acontecidos en campamentos infantiles. Por una parte, la autora apunta a las deficiencias en la educación de los más jóvenes, que conducen hacia una falta de empatía. En ese mismo sentido, considera que el mayor problema no está en la escuela, sino en la falta de concienciación en las casas. Es cierto que la educación emocional es fundamental, pero no debe olvidarse que existe un riesgo de confundir esta educación con la repetición de consignas vacías. La verdadera empatía proviene del trato personal con el otro. Ver como unos padres tratan a una persona invidente con respeto puede hacer mucho más por la integración que que insistan en ese mismo respeto. Por otra parte, en el texto también se denuncia una falta de implicación política hacia los discapacitados. No cabe duda que los políticos tienden a actuar impulsados por el interés electora, pensemos por ejemplo en cómo muchas carreteras se arreglan solo antes de las elecciones. Con un 10% de la población, de la cual una parte son menores que no votan, no salen las cuentas. Pero eso solo quiere decir que el otro 90% no hace presión para que se impliquen.

¿Por qué es importante tener en cuenta este matiz? Si se profundiza en las ideas de Nuria del Sanz queda claro que las personas con diversidad funcional no gozan de la igualdad que se le presupone a todos los miembros de una sociedad democrática. Esto se debe a que, si no son tratados de una manera en la que tengan la posibilidad de superar las limitaciones que sus condicionantes físicos o psicológicos les imponen, no tendrán las mismas oportunidades que tienen el resto de miembros de la sociedad. La normalización de la desigualdad puede dar lugar con relativa facilidad a la extensión de la misma, por lo que si se acepta complacientemente que una de cada diez personas no goce de los mismos derechos que el resto de la población, bien pronto esto podría extenderse al resto de los ciudadanos, poniendo en riesgo de forma efectiva la libertad que se presupone a las sociedades democráticas, pues quien no tiene opciones entre las que escoger (iguales oportunidades) difícilmente podrá considerarse libre. La incapacidad para percibir esta realidad debe achacarse a la falta de empatía, es decir, a la incapacidad de situarse en el lugar del otro. Sin duda, si no se es consciente de las circunstancias específicas de las personas con diversidad funcional y de cómo estas condicionan sus vidas, es muy fácil caer en la falsa ilusión de que están exigiendo privilegios cuando en realidad solo piden la integración. Para combatir esta falta de empatía, una vez más los discursos vacíos pierden fuerza en comparación con el trato humano. Consideremos por ejemplo

cómo suele conseguirse que un político mejore la accesibilidad para las personas invidentes o con silla de ruedas en un área urbana. El método más efectivo suele ser invitarlo a recorrer dicha zona montado en una silla, o con los ojos vendados y acompañado por un guía. De la misma manera, el mejor método de conseguir que el resto de la población conozca las necesidades de este 10% sin duda pasará por acercárselas de forma más práctica y tangible, a través de la acción de asociaciones o del trato directo con los propios discapacitados. A fin de cuentas, el rechazo que puedan sentir hacia ellos bien puede esconder el miedo, y suele decirse que tememos aquello que nos es desconocido.

En conclusión, una sociedad democrática no puede menospreciar las necesidades de un 10% de su población si quiere subsistir, y si el camino para conseguir esta igualdad pasa por la educación, en especial en los hogares, no es menos cierto que esta educación no ha de basarse en cuestiones teóricas o ideologías abstractas tanto como en el trato interpersonal que despierte la empatía. Sin olvidar por ello que también será necesario hacer presión para implicar a los estamentos políticos en el cambio.